

CAPÍTULO undici

LOS ÚLTIMOS AÑOS

El año 1687 comenzó en la vida de Rancé un nuevo capítulo, que iba a revelar toda su importancia sólo diez años más tarde.

El monasterio de Les Clairets se encontraba no muy lejos de la Trapa. En esta casa, la hermana de Rancé, Teresa, había vivido cuarenta años. Al principio, la abadía había estado bajo la jurisdicción de la Trapa, pero luego había pasado a depender directamente de un visitador nombrado por el abad de Claraval. En el momento que ahora nos interesa, el visitador era el abad del monasterio de Val-Richer¹. La elección, en 1687, de una nueva abadesa, Françoise-Angélique d'Etampes de Valençay, reanudó las relaciones entre Les Clairets y Rancé. Éste, no obstante sus enfermedades bastante graves, acabó por ceder a las continuas insistencias de la nueva superiora y, en septiembre de 1688, aceptó tomar la responsabilidad de la visita del monasterio, en sustitución de Val-Richer. Esta obligación le obligó a salir de la Trapa por dos veces en 1690, después otra en el '91, y aún otra en el '92; primero para la visita regular y luego para la bendición abacial. Estas son, como sabemos, las únicas salidas que Rancé consintió, después de su famosa promesa de no abandonar nunca más la clausura.

A la muerte de su hermana, acaecida poco tiempo después de la de su abadesa, Rancé había interrumpido, en cierto sentido, sus relaciones con el monasterio de Les Clairets, a causa del comportamiento de la madre Françoise-Angélique. Ésta, por motivos no del todo conocidos, guardaba para con Rancé una gran veneración, aun sin haberlo visto nunca, e hizo todo lo posible para que fuera padre inmediato, al puesto de Val-Richer. Biznieta de Enrique de Montmorency, el derrotado de Schomberg, a quien Richelieu había ordenado decapitar, había sido educada por un tía suya en la visitación de Moulins, donde madame de Sévigné la conoció en mayo de 1676. Casi seguro que conoció aquí de fama a Rancé, dado que el monasterio se encontraba bastante cerca de Sept-Fons, donde Beaufort había introducido la reforma, con el consejo y la ayuda del abad de la Trapa. Su ilustre familia había ocupado altos cargos en la Iglesia y en el estado, y, más por esta su noble ascendencia que por especiales méritos religiosos, fue elegida abadesa del aristocrático monasterio de Les Clairets. En 1692, madame de Sévigné habla de ella en una carta, en la que se expresa así: “Hace unos cinco años,... lo ha reformado (Les Clairets) y allí se ha santificado²”. En 1688, con modales más bien bruscos, convenció a Claraval para que pusiera su abadía bajo la guía de Rancé. Un mes más tarde, con gran relucencia, nuestro abad aceptó el encargo, de lo que madre Françoise-Angélique quedó muy entusiasmada. Le escribió una carta, donde describía el efecto que este nombramiento había producido en sus monjas: hasta las enfermas habían salido de la enfermería para unirse al Te Deum de acción de gracias; “vuestro solo nombre ha producido un fervor nuevo³”.

El primer acto oficial de Rancé fue el de enviar como confesor a don Jacques de Lanchal, que permaneció en Les Clairets hasta el 1692, año en que murió. En lo sucesivo, siempre con gran prudencia, fueron enviados como confesores monjes de gran equilibrio y experiencia, y esto contribuyó, bajo la dirección de Rancé, al rejuvenecimiento del monasterio. En una carta a madre Louise, él mismo nos atestigua que ya en el 1692 eran tantas las postulantes, que no había ni siquiera una habitación libre para acoger a una chica recomendada por ella. Sin embargo, aun este mismo acontecimiento tan normal fue causa de graves problemas. La publicación, en 1690, de la carta de visita de Rancé reveló que el abad había impuesto a las monjas la observancia estricta de todas las prescripciones de *Sainteté* y, en particular, que las monjas no debían leer algunos capítulos del Antiguo Testamento. Los enemigos de Rancé, que

incansablemente buscaban el más mínimo pretexto para comprometerlo, hallaron en estas instrucciones motivos más que suficientes para una querrela interminable de protestas.

Ahora, cada día que pasaba traía un empeoramiento a la salud del anciano abad, y estos actos contribuyeron a amargarle la vida en lo sucesivo. Como si no bastara, el Señor, en sus designios inescrutables, dispuso, para la santificación de su siervo, que a éstos disgustos se añadieran otros.

En 1690 se hospedó durante cuatro días en la Trapa, un joven franciscano recoleto, llamado Candide Chalipe. Desapareció de improviso, y publicó un vulgar libelo, saturado de una gran abundancia de detalles. En esta publicación difamatoria metía en el mismo saco y acusaba de cripto-Jansenismo a Rancé, a sus amigos, a los miembros del Oratorio y al mismo Bossuet; y, lo que es peor, contaba la existencia de una auténtica organización de conspiradores, hombres y mujeres de la nobleza, a quienes apoyaba Rancé y la Trapa. La misma ridiculez de la acusa fue la que descubrió el engaño del religioso, de tal forma que un año o dos después fue castigado por sus mismos superiores, y él mismo, por lo demás, confesó por extenso su mala fe. Todo se aclaró, pero sabemos bien que este género de calumnias deja huellas incurables de desconfianza. Los aristocráticos frequentadores de los salones parisinos, encontraron la ocasión de criticar hasta la visita que Jacques II de Inglaterra hizo a Rancé el 24 de noviembre de 1690, en un momento difícil para él, pues, de hecho, estaba de vuelta de la derrota sufrida en la batalla de la Boyne⁴. Rancé había seguido con un interés personal verdaderamente extraordinario las aventuras de su amigo Bellefons, convocado de la reserva para acudir en ayuda de Jacobo II. Después de la derrota sufrida por este último, escribía así a Bellefons: “No logro recuperarme de cuanto ha acaecido en Irlanda⁵”. Esta primera visita, a pesar de todas las críticas, consiguió que los dos protagonistas guardaran una gran estima recíproca, sentimiento que mantuvieron intacto durante sus últimos años de vida, pues, de hecho, murieron a poca distancia uno del otro. Rancé, el 29 de noviembre de 1690, escribió a Bellefons un relato entusiasta de este acontecimiento; alabó ampliamente la resignación cristiana de Jacobo II ante la adversidad, en el momento en que la política oficial apoyaba con fuerza la iniciativa de reconquistar el trono. Casi al mismo tiempo, algunas copias de esta carta comenzaron a circular, suscitando reacciones diversas. La corte expresó un juicio muy favorable de la Trapa precisamente en el momento de mayor necesidad, pues Rancé, en efecto, pasaba ratos cada vez más largos en la enfermería.

Por su parte, el rey, habiendo regresado a la corte después de la visita al monasterio – tenía su corte en Saint-Germain-en-Laye – escribió a Rancé el 8 de diciembre siguiente, proponiéndole oficialmente iniciar una correspondencia. Mantuvo la palabra de esta promesa, visitó frecuentemente la Trapa y la correspondencia entre ellos se prolongó hasta la muerte. La influencia de Rancé sobre el rey fue ciertamente muy positiva, como podemos comprobar en las observaciones que de vez en cuando aparecen en las cartas dirigidas al abad. Como su situación se deterioraba cada vez más, y viendo desvanecerse poco a poco las esperanzas de su retorno al trono de Inglaterra, Jacobo cambió hacia sentimientos más serenos y desinteresados. Es probable que atribuyera, de forma cada vez más clara, el completo fracaso de sus últimos años a sus pecados personales. En marzo de 1698 Jacobo examinó su vida pasada y dedujo que no hubiera conocido la verdad, esto es, el catolicismo, sin el exilio de doce años en una nación católica: “Este viaje a la Trapa era sin duda necesario para adquirir conocimiento de mí mismo, para obligarme a despreciar todo aquello que parece grande a los ojos del mundo y apartarme completamente de ello⁶”. El sosiego, la serenidad y el ejemplo dado por Rancé en sus enfermedades y en las dolorosas pruebas que le llegaban de las continuas calumnias e intrigas suscitadas por sus enemigos, sirvieron con seguridad de ayuda al rey triste y desanimado, y cuando le llegó la noticia hacía algún tiempo esperada de la muerte de su amigo, no se sorprendió, pero tampoco superó el duro golpe, y murió también él pocos meses después.

Mas volvamos brevemente sobre nuestros pasos, a aquel 1690, año de la primera visita de Jacobo II. Ya hacía muchos años que la salud de Rancé era débil, y después de la gravísima enfermedad que le había asaltado en 1677, dependía completamente de su secretario. En 1678

llegó a sentirse casi asfixiado, y en noviembre del año siguiente había recibido nuevamente la extrema unción, pues parecía que la fiebre no quería ya abandonarlo. En 1691 tuvo una grave caída que le provocó la pérdida total del sueño. Hubo de permanecer durante más de cuarenta y cinco días seguidos sentado en una pequeña silla, en la enfermería. Dos años después, el reumatismo que padecía su mano derecha se agravó, fue operado y, conforme a las crueles terapias de aquel tiempo, tuvo que sufrir la acción de la navaja “cuatro o cinco veces en plena mano⁷³”. Después fue atacado por la erisipela y por la gota en la mano derecha; sus pies estaban hinchados, y una tos desgarradora le deshacía el pecho. Era evidente que, aunque continuaba trabajando, Rancé tendría que presentar muy pronto la dimisión. El futuro de la Trapa dependía de la aprobación que Luis XIV habría de dar a su sucesor. Es bajo esta perspectiva como se debe considerar la extrema sensibilidad de Rancé por lo que pudiera ofuscar la estima del rey respecto de él, como, por ejemplo, el asunto de Maupas. Este desgraciado clérigo jansenista había apoyado a su obispo, el último de Pamier, en la disputa con el rey a propósito de las ragalías, y por este motivo había sido condenado a cuarenta años de prisión y sometido al suplicio de los escorpiones.

Cuando fue liberado, se le permitió ir como a un exilio a la Trapa, adonde llegó en junio del 1692. Al cabo de tres semanas fue enviado fuera sin un solo céntimo en el bolsillo. Se vengó escribiendo una relación de lo sucedido, con gran satisfacción de algunos jansenistas, contentos de tener la ocasión de desenmascarar finalmente a Rancé. La verdad es que Rancé, quizá también impresionado por las opiniones de Maisne un poco tendenciosas, no se sentía con fuerza para afrontar en aquel momento el grave peligro de tener que vérselas con quien fuera sospechoso de herejía o de subversión.

Durante este tiempo, Mabillon, que aún no había dicho la última palabra sobre los estudios monásticos, publicó su *Traité des études monastiques*, en el que defendía con mucha fuerza la posición mauriana, basándose en la Regla y en la tradición. Las referencias a la tesis de Rancé fueron siempre muy corteses, pero nuestro abad no las aceptó en absoluto como reglas aplicables a todos los monasterios. Desde entonces, entre los benedictinos, el libro ha quedado como un clásico sobre el tema de *estudios*. Nos permite conocer a un Mabillon dulce y humano, que considera justo ofrecer a Dios el trabajo de la mente no menos que el de las manos, aunque él no apreciaba en absoluto el trabajo manual. Rancé sabía que lo que estaba en juego era muy importante, y al año siguiente, siguiendo los consejos de sus amigos, publicó una *Réponse* al libro de Mabillon. Desde este momento, las posiciones se polarizaron, y aun los que no tenían interés particular por este problema se alinearon en una u otra parte. Era fácil darse cuenta de que esta controversia estaba en un callejón sin salida, y los más íntimos amigos de Rancé, como de Charmel y Marcel, párroco de Saint-Jacques, lo intentaron todo para lograr una reconciliación. Madame de Guise buscó también por todos los medios la manera de poner fin a este enojoso estado de cosas, pero sólo consiguió que Rancé se encontrara con Lamy, el más estricto colaborador de Mabillon. El encuentro se desarrolló en presencia de esta dama, y Rancé se mostró, como siempre, mucho más conciliador con palabras que por escrito, y así se abrió un rayo de esperanza. Mabillon, sin embargo, quiso todavía escribir su *Reflexions* – septiembre de 1693 -. Madame de Guise no se desanimó, sino que, por el contrario, propuso que se llegara a un encuentro entre los dos contendientes. Finalmente, en un ambiente cada vez más tenso, se presentó la ocasión del encuentro. Como Mabillon tenía que participar en el capítulo de su congregación, en Marmoutiers, cerca de Tours, le pidieron que pasara por la Trapa, que se encontraba en el camino de vuelta.

El 27 de mayo de 1693, finalmente, los dos personajes se encontraron. Viendo los resultados de este encuentro, el afecto y el respeto mutuo, renace la confianza en la naturaleza humana. Ninguno de los dos cambió sus propias opiniones, pero se disiparon todas las incomprensiones y ellos se despidieron profundamente reconciliados, lo que también ha quedado demostrado por las numerosas cartas escritas a los amigos sobre este acontecimiento. De vez en cuando surge espontánea la pregunta sobre si la vida de Rancé no hubiera sido más tranquila, y las disputas

menos largas, si hubiera podido encontrar personalmente a sus interlocutores, en vez de permanecer confinado en el claustro. Quizá hubiera sido suficiente que no hubiera existido el filtro cargante de Maisne. En agosto de 1694, Arnauld murió en el exilio, casi como un santo, venerado por sus secuaces. En la carta a Nicaise, del 2 de septiembre de 1694, entre otros muchos asuntos, Rancé hizo algunos comentarios sobre el acontecimiento que había tenido lugar hacía poco: “Arnauld ha muerto ya... Dígase lo que se quiera, pero se han acabado muchos problemas, porque su erudición y su autoridad se habían convertido en un peso para los jansenistas. Feliz el que sólo tiene el problema de Jesucristo⁸⁹”. Éstas, que fueron casi las últimas palabras que pudo firmar personalmente, suscitaron el resentimiento de los jansenistas, que vieron en ellas una falta de respeto para su jefe. En el mes de octubre siguiente perdió definitivamente el ejercicio de la mano derecha. A partir de ese momento, fue Maisne quien escribió todo lo que surgía de Rancé.

Entre todos los difíciles años de esta vida, toda consagrada a Dios y a los hermanos, el de 1694 fue especialmente arduo y amargo. Como los visitantes de la Trapa aumentaban cada vez más, acusaron al abad de que los atraía con invitaciones personales. El marqués de l’Aigle murió en las cercanías de la Trapa, y los campesinos de los alrededores contaron que, algunos meses antes, él había ordenado transportar a la abadía una caja llena de monedas de oro. Para justificarse, Rancé tuvo que hacer un elenco de todos los regalos recibidos del mismo marqués. Si alguien escribía alabanzas del abad, enseguida había otro que afirmaba que era el mismo abad el que escribía estos elogios y hacía creer que estaban escritos por otros. Cuando cuatro monjes abandonaron la Trapa, entre éstos dom Arsenio, por la desilusión de no haber sido elegido prior, y otro, un hugonote convertido por Rancé, pero espíritu inquieto por volver a su antigua religión, Rancé recibió cartas en las que se decía: “La Trapa se ha sublevado contra él; la mayor parte de los religiosos no quieren ni pueden aguantar la vida que han elegido⁹⁰”. Le dijeron que algunos de sus monjes habían escrito, sin él saberlo, cartas de queja al abad del Císter y al rey. Él, con toda su comunidad, procedió a una nueva renovación de votos y, al final de la ceremonia, recitó una oración compuesta para aquella ocasión: *Deseo de soledad*: “¡Quién me diera alas como de paloma, para poder volar a algún lugar alejado del mundo, tan apartado que no tenga ya contacto con el mundo, ni comunicación con las criaturas! Yo he concebido de él una idea que hace que la ame, y el amor me suscita el deseo; pero este deseo produce sólo suspiros, y me parece que, cuanto más se eleva mi corazón hacia esta aspiración, tanto más la aspiración se aleja de mi corazón. No ocurre lo mismo con las criaturas; éstas me molestan, me siguen a todas partes, se presentan continuamente ante mis ojos, y a través de mis ojos entran en mi espíritu, lo dividen y le traen la inquietud y la disipación. Cerremos los ojos, alma mía, a todas estas cosas, y mantengámonos tan alejados de ellas, como para no verlas ni ser por ellas vistos... Señor, sin tu ayuda nuestros propósitos son débiles e inútiles. Confirma en mí lo que realizo hoy... Condúceme, Señor, a la soledad sagrada, donde hablas al corazón de los que te aman; enseña al mío la ciencia de agradarte; y haz que encuentre, en este lugar recóndito en el que me he escondido, como pájaro selvático en las quiebras de las rocas inaccesibles, el reposo profundo y la seguridad perfecta, que tú no rehusas a los que han dejado todo para seguirte en el desierto!¹⁰⁷”

Su estado de salud no le permitía ya continuar acompañando a la comunidad, ni cumplir con todas sus obligaciones de correspondencia. Un conjunto de enfermedades, probablemente de origen tuberculoso y reumático, le obligó a permanecer en la enfermería, a finales de aquel año de 1694, y él no pudo hacer otra cosa más que presentar las dimisiones, de las que con tanta frecuencia había hablado. Pudo proponer al rey el nombre de su propio sucesor, dom Zosimo Foisil, el 30 de mayo de 1695¹¹. Luis aceptó su solicitud sin dificultad y, por fin, Rancé dejó el peso de su abadiado. Dom Zosimo tomó oficialmente posesión del cargo el 28 de diciembre de 1695. Subrayamos aquí brevemente que los hechos de estos últimos años están tratados con gran prudencia.

Conviene aclarar que el sucesor de dom Petit en el Císter, Nicolas Larcher, elegido en 1692, escribió a Rancé, con ocasión de sus dimisiones, una carta especialmente conmovedora. Estaba llena de buenas intenciones, pero no fue tomada en serio por nadie, y no tuvo ningún efecto para la unidad de la Orden. Entre tanto, en la Trapa sucedía lo imprevisible. Pocas semanas después de su elección abacial, dom Zosimo enfermó, y al poco tiempo dejó esta tierra. Era el 3 de marzo de 1696. Rancé hubo de dirigirse nuevamente al rey, para aprobar la elección de su sucesor. Teniendo en cuenta las circunstancias, no hubo dificultad. El nombre propuesto por Rancé fue el de dom Armand-François Gervaise, durante muchos años carmelita en la diócesis de Meaux, y último monje de coro que había emitido los votos en manos de Rancé, en septiembre de 1695. Como había estado de superior en la Orden de donde provenía y tenía ya cuarenta años, dom Zosimo lo había querido como su prior, así que su elección abacial no fue en realidad tan extraña como podría parecer. Gervaise tomó posesión de su cargo el 18 de septiembre de 1696, y una vez más parecía que Rancé podía finalmente gozar de paz en sus últimos años de vida. Las controversias importantes habían desaparecido, y aunque, cediendo a la presión muy fuerte del amigo Bossuet, escribió dos cartas, una contra el Quietismo y la otra de condena a Fénelon, éstas no tuvieron consecuencias muy importantes. Pero esta vez la insidia estaba en casa, muy próxima a Rancé y no fuera del monasterio.

Dom Gervaise no tenía ni la prudencia ni la autoridad de sus predecesores. No había pasado mucho tiempo desde su elección, cuando ya fue literalmente arrollado por dos *affaires*, que le condujeron muy pronto al desastre más completo. Lo primero de todo, tuvo la idea de mandar restaurar un viejo monasterio abandonado, l'Estrées, cerca de Dreux, para convertirlo en una casa de reposo para los monjes enfermos de la Trapa. Tuvo la imprudencia de enviar algunos monjes a habitar en el monasterio, antes de aclarar la situación de la casa. Este error destruyó totalmente su reputación en la corte – recordemos el cuidado casi exagerado que Rancé había puesto, sobre todo en los últimos años, para salvaguardar su imagen y su buen nombre.

A continuación, cayó en desgracia de la abadesa des Clairets. Tanto ella como su priora, sobrina del cardenal Bouillon, esparcieron gravísimas calumnias a cuenta del abad.

En el interior de la comunidad, tuvo que enfrentarse con Maisne, que buscó todas las formas de hacerle daño, tejiendo intrigas contra él y difundiendo la voz de que el nuevo abad faltaba al respeto a Rancé. Dom Gervaise llegó a conocer algunas cartas de la hermana de la Visitación del último arzobispo de París, François de Harlay. Eran tan comprometedoras, que ordenó a Maisne que se fuera. Al día siguiente, por intercesión de Rancé, la orden fue revocada, pero el daño ya estaba hecho. Dom Gervaise, finalmente, se daba cuenta de la situación y, en un intento de recuperar la paz, renunció al cargo de visitador des Clairets y al proyecto de l'Estrées, pero todo fue en vano. En julio presentó sus dimisiones a Luis XIV, que no fueron aceptadas enseguida.

Los meses sucesivos fueron dolorosos y muy agitados. Rancé estaba muy enfermo, y Gervais demasiado confuso para poder controlar los acontecimientos. En la comunidad habían surgido disensiones serias, aunque bastante circunscritas. Fuera del monasterio Saint-Simon, el último y quizá el más poderoso amigo de Rancé, tramaba algo, con la complicidad de Maisne. En octubre, dom Gervaise tuvo un encuentro con dom de La Chaize en Fontainebleau, y le propuso a dom Jacques de La Court como sucesor suyo. A comienzos de diciembre de 1698, dom Gervaise se marchó, y dom Jacques de La Court fue el tercer abad que recibió obediencia por parte de Rancé. Tomó posesión el 5 de abril de 1699.

Dom Gervaise Murió en 1751, en Le Reclus), en Champagne, y queda como una figura muy controvertida y alborotadora.

Finalmente en la Trapa llegó la paz, y el último año de la vida de Rancé fue tranquilo, mientras se lo permitió la enfermedad. Él se mantuvo en contacto con algunos de sus amigos, entre los cuales Bossuet y Jacobo II; pero el final que tanto había deseado no se hizo esperar. Ya desde primeros de octubre fue empeorando rápidamente. La fiebre subía sin tregua, y el 26 de

octubre de 1700 inició su segunda agonía. Murió a la una y media de la tarde del día siguiente, asistido por monseñor d'Aquin, nuevo obispo de Séz, el cual nos ha dejado un relato de sus últimas horas.

Las últimas horas del reformador de la Trapa no fueron fáciles; y si dom Le Nain se entretuvo largo y tendido describiendo la bondad, la amistad, la cordialidad y la ternura que el abad quiso manifestar a sus hijos en sus últimas horas de vida, Rancé tuvo que sufrir mucho, con toda seguridad, para alcanzar aquella paz que había sido la característica más evidente de las últimas horas de tantos de los suyos. Al obispo que había venido a verle, en tono claro y bien inteligible, le confió: “He aquí cómo Dios se ha complacido en favorecerme durante todos los minutos de mi vida. Me ha colmado siempre de sus gracias con una liberalidad infinita, pero yo no he sabido aprovecharme; he sido sólo un ingrato y desleal. No obstante, vos podéis ver bien, monseñor, cómo continúa todavía ahora colmándome de gracias¹²”. La noche siguiente la pasó con mucha fatiga, y se le oía toser con dificultad y agitarse en medio del dolor. Como Cristo en Getsemaní, también Rancé parecía que quería alejar de sí aquel último cáliz del sacrificio, y se preguntaba: “¿Dónde están las misericordias del Señor?¹³”; y, como vencido por el peso de sus pecados, gemía: “¡Señor, que las montañas caigan sobre mí! ¡Aleja de mí tu rostro de juez!¹⁴” Estaba tendido sobre paja, como era costumbre en la Trapa, y el obispo de Séz trataba de aliviarle los sufrimientos, recordándole el ejemplo de aquel solitario que antes de morir decía: “Ánimo, alma mía, ¿qué temes?¹⁵”. Pero Rancé respondía enseguida: “Hilarión había conservado el candor de su inocencia, mientras que yo estoy cubierto de pecados¹⁶”. A la pregunta del obispo: “¿Sufre aún?”, la respuesta del moribundo fue: “Más que nunca, éstas son gracias que me envía Jesucristo, y que yo padezco profundamente. Confieso sinceramente que, si me abandonase a mí mismo, caería en el abatimiento, en la cobardía y en el desaliento. Pero debo testimoniar, para gloria de mi Dios, que él tiene la bondad de llevarme en sus brazos, de tocar mi corazón; lo fortalece y hace que yo triunfe en medio de mi debilidad¹⁷”. Finalmente, después de las oraciones de los agonizantes, sus facciones se relajaron. Hacia mediodía un religioso se le acercó y le oyó musitar: “¡Eternidad! ¡Qué felicidad, Dios mío, estar contigo por toda la eternidad!¹⁸”. Después, al obispo que estaba junto a él le dijo también: “Suplico al Padre omnipotente, el Padre de las misericordias, el Dios de toda consolación, por los méritos de la sangre de Cristo, que se digne recibirme entre los que cantarán eternamente sus alabanzas y eternamente le amarán¹⁹”. Por fin, recobrando toda su serenidad, murmuró: “Misericordia²⁰”; y ésta fue una de sus últimas palabras. Así, una vez más, la última, se reconocía deudor a su Dios de la paz que le había concedido. Una *Relation* manuscrita nos cuenta que, después del oficio de difuntos, “Los dos religiosos más jóvenes, habiendo salido del coro, fueron junto a su cadáver y, después de hacer una inclinación profunda, recitaron el versículo: *Euge, serve bone! Fruere in aeternum mercede tua*²¹ (Parte, siervo bueno, y goza para siempre de tu premio).

La muerte del ahijado de Richelieu en un momento en que anhelaba un sucesor de Luis XIV fue vista como el final de un hombre sin duda grande, pero de otra época. Llegaron elogios y agradecimientos de todas las parte de Francia y de otros países; lo mismo que de todos los grandes nombres de la Iglesia y del estado. Jacobo II, el gran duque de Toscana e innumerables preladados.

Todavía Rancé no había bajado a la tumba, y a muchos de sus amigos, la canonización les parecía la conclusión normal y evidente de toda su aventura. Esta preocupación ocupó totalmente los últimos años que Maisne pasó junto a Rancé. Su admiración por el abad no disminuyó tan pronto y, durante los años que siguieron a su muerte continuó actuando bajo la aureola de su maestro. Concedía entrevistas, y distribuía a manos llenas reliquias a los fieles curiosos. Las facciones que se formaron, las rivalidades personales, las divisiones en la comunidad, el hecho de que hubieran sobrevivido a Rancé algunos de sus amigos y hubieran muerto otros antes que él, todo esto no facilitó una acción conjunta, encaminada a obtener la glorificación del gran amigo y venerado maestro. Hubo varios intentos de hacer una biografía,

pero Maupeou, Marsollier y dom Le Nain no lograron escribir algo verdaderamente serio y objetivo. Los documentos que fueron recogidos en gran cantidad por dom de La Tour sirvieron sólo muchos años después para la composición de la obra de Dubois. El único hecho serio e importante fue la publicación en dos volúmenes de *Lettres de piété*; el primero en 1701 y el segundo al año siguiente, pero aun este trabajo tiene muchas imprecisiones y carencias, sobre todo en las fechas y en la atribución del destinatario. De todas formas, ha quedado como un punto seguro e importante, por cuya publicación se interesó ciertamente el mismo Bossuet en persona. En medio de la gran confusión que se produjo a la muerte de Rancé y a la cuestión de dom Gervaise, no se consiguió escribir una verdadera *Vida* del maestro, sino que, lo que es más grave, muchos documentos, cartas y otras cosas que se referían a su persona fueron destruidos por sus mismos amigos, por temor de que una malévolas interpretación pudiera dañar más aún la fama del gran abad.

In questi ultimi anni, soprattutto per opera del Prof. A-J- Krailsheimer, il ben conosciuto Prof. K., grande amico della Trappa, sono state fatte ricerche serie e importanti. Il Prof. K. dedicando gli ultimi trent'anni della sua vita a riordinare gli archivi della Trappa riguardanti la figura del Riformatore, ha potuto pubblicare in edizione originale circa 2000 lettere²², e la Biografia di Rancé, di cui è stata recentemente pubblicata la traduzione arricchita e corretta in francese²³. Non è certo esagerato dire che da tre secoli si aspettava questo lavoro obiettivo e serio.

Dal luogo di pace in cui il Signore lo ha chiamato recentemente, possa continuare a guidare chi è attratto dal grande Riformatore della Trappa.

¹NOTAS

¹ Abadía de la diócesis de Bayeux, de la que fue abad dom Dominique Georges, compañero de Rancé en la misión romana. Dom Dominique fue superior de Les Clairets, antes que Rancé.

² Mme de Sévigné, *Lettres*, III, p. 817-818.

³ *Ibid.*, p.817-818.

⁴ Batalla que tuvo lugar el 1 de julio de 1690.

⁵ *Corr.*, III, p.692.

⁶ Tournouër (Alençon), MS, carta de 15 de Febrero de 1698.

⁷ Dubois, X, c. I, p. 393.

⁸ *Corr.*, IV, p. 317.

⁹ Cherel, III, c. IV, p. 149.

¹⁰ *Ibid.*, III, c. IV, p. 149-150; Dubois, X, c. VII, p. 423-424.

¹¹ *Corr.*, IV, p. 351.

¹² *Relation de quelques circonstances des dernières heures de la maladie et de la vie du Rév. Père le Bouthillier de Rancé, p. 15.*

¹³ Cherel, III, c. VI, p. 212.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *ibid.*, p. 213.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Dubois, XII, c. XVI, p. 682.

¹⁸ *Ibid.*, p. 683; Le Nain, II, p. 389.

¹⁹ Dubois, XII, c. XVI, p. 684; Le Nain, II, p. 390.

²⁰ Cherel, III, c. VI, p. 213.

²¹ *Ibid.*

²²

²³